

El ex-Presidente de la República don Eduardo Frei Montalva envió a la Revista "HOY" la siguiente carta :

Señor Director :

No puedo menos que felicitarlo por el editorial que usted escribiera en HOY Nº 97 ("El derecho a pedir").

Usted afirma allí que en Chile hay ciudadanos de primera y segunda clase. Tiene usted toda la razón.

Los de primera clase son los únicos patriotas, los únicos que pueden hablar, proponer y decidir. Los demás son ciudadanos de segunda clase. Pobres de ellos, si opinan, manifiestan un desacuerdo o se atreven, en su insolencia, a pensar algo que estiman necesario o útil para el país.

En estos días un grupo de chilenos se ha atrevido a plantear que se reconstituyan los registros electorales. El solo hecho de pedir algo tan mínimo como la existencia de un sistema electoral que dé garantías ha desencadenado una andanada de injurias y vociferaciones como parte de una campaña destinada a distorsionar lo que decían.

A su tenor, los registros electorales no importan. Lo que importa primero es quién firmó y no la verdad o justicia de la petición. Lo segundo es si los registros debieron o no destruirse, hecho que discutirán los historiadores. Lo tercero, renegar del pasado, precisamente, por los cultores de la tradición.

Nadie ignora las alabanzas, artículos y editoriales que por años destacaron nacional e internacionalmente la corrección de nuestros procesos electorales. Todos los partidos y todos los diarios lo hicieron, y con razón. Y porque una vez se cometieron abusos o irregularidades, cuyo alcance y forma no han sido suficientemente precisados, se abomina de ese pasado que se exhibió siempre con orgullo. Por los errores o abusos de una vez, inferiores en todo caso a los cometidos en la Consulta del 4 de enero del año pasado, todo se borra. Sería lo mismo que por haberse falsificado algunos pasaportes con fines siniestros, se suprimiera el servicio que otorga estos documentos.

La campaña ha sido orquestada a todo vapor y se han tocado todos los resortes para distorsionar la verdad, sin que falte la presencia de algunos galgos, más bien podencos, que pretenden hacer méritos ante sus caporales. Se aplica aquí el viejo dicho español: "Perder a don Beltrán en medio de la polvareda".

Dice la Constitución de 1925 en su Art. 79: "Son ciudadanos con derecho a sufragio los chilenos que hayan cumplido 18 años de edad y estén inscritos en los registros electorales. Estos registros serán públicos y las inscripciones continuas".

Los ciudadanos de primera clase tienen el secreto para hacer algo original en esta materia, con sistemas nuevos, de invención exclusiva, y han descubierto, ¡oh sorpresa!, que existe la computación.

Los ciudadanos de segunda clase esperan conocer este sistema, porque algunos mal pensados han llegado a imaginar que podría consistir en que la elección la controlarán los de primera clase, y que sólo estos poseedores del bien y la verdad absoluta puedan disponer de la televisión, las radios y los diarios.



//.

En resumen, los ciudadanos de segunda clase no discuten ahora si los registros fueron bien o mal destruidos; tampoco se oponen a que se empleen métodos modernos. Lo único que pretenden, después de más de cinco años de espera, es que se establezca un sistema electoral correcto y registros o roles en que puedan inscribirse.

Todo lo demás es polvareda.

Señor Director: el concepto por usted señalado de que en Chile hay dos clases de ciudadanos podría extenderse y profundizarse. En Chile hay quienes tienen derecho a reunión y otros, no; quienes pueden disponer de los medios de publicidad y quienes deben permanecer silenciosos; quienes pueden gozar de las ventajas del mercado y otros que carecen de todo poder de compra. En Chile hay libertad para los precios, pero no hay libertad para los salarios; tampoco hay libertad política ni sindical; pero hay plena libertad económica para los ciudadanos de primera clase.

Podría agregarse que hay también ciudadanos de tercera clase: son los que no tienen ni casa ni trabajo, y muchos, es casa comida o ninguna, y que por cierto, no gozan de las posibilidades que abre la importación.

Por eso es que de su editorial surgen algunas preguntas. ¿Es bueno que en un país existan estas divisiones tan tajantes, que son cada día más hondas? ¿Es esta la manera como se busca la unidad? ¿Es racional que se pretenda aplastar a todos los que no aplauden ni adhieren a lo que imponen los ciudadanos de primera clase?

Así no se construye un país, porque, dígame lo que se diga, los ciudadanos de segunda y tercera clase son la inmensa mayoría, y su silencio de hoy no será eterno, y lo que desea esa mayoría es que se abran caminos de paz, de justicia y libertad, que no serán posibles si no se cambian esta mentalidad y estos métodos.

EDUARDO FREI M.